

1 el desorden global

Argelia

Hacia una nueva independencia

Farah Bensalem

Son las 23.30'. En Ihaddaden, un barrio muy popular del nuevo centro de Béjaia, ciudad kabila situada al este de Argel, el enfrentamiento de los manifestantes con la policía antidisturbios no ha acabado. Muy al contrario. Con, como mucho, veinte años, estos jóvenes –que no han conocido la otra gran revuelta popular de la Argelia independiente, en octubre de 1988, ni tomado parte en la que conoció la Kabilia en 2001 y que provocó 129 muertos– no están dispuestos a volver a casa. Su revuelta está acompañada de los aplausos de los habitantes y de los gritos numerosos y estridentes lanzados por las madres desde los balcones y las ventanas. A la provocación de los manifestantes que les dicen que se acerquen “*si son hombres*”, los gendarmes responden con disparos de gases lacrimógenos, obligando a los habitantes a refugiarse en las casas. Pero los jóvenes no se impresionan. Desde hace horas, se enfrentan a los antidisturbios levantando barricadas con la ayuda de todo tipo de objetos, neumáticos quemados, carteles de señales arrancados. Continúan jugando al gato y al ratón con las “fuerzas del orden” y tienen como únicas armas las piedras y su odio al deshonorado régimen de Argel, un odio compartido por todo el pueblo argelino. En efecto, hoy estas escenas no son exclusivas de la Kabilia frondosa. De este a oeste, es toda Argelia la que se levanta. Desde Tébessa, en la frontera este –y a poca distancia de la ciudad de Sidi-Bouزيد, donde comenzó la revuelta tunecina– hasta la Orania y los confines del oeste, región sin embargo no muy habituada a este tipo de expresión popular, pasando por Guelma, Djelfa y Laghouat, ciudades del sur. Como si se hubieran citado, este viernes 7 de enero de 2011, alrededor de las 15, justo después de la gran oración del viernes, miles de jóvenes han ocupado las plazas públicas y las grandes arterias de sus ciudades, determinados a luchar. Los enfrentamientos entre la población y las brigadas antidisturbios han ganado no menos de veinte departamentos del territorio argelino.

Esta ola de jóvenes lanza su grito de revuelta a unos dirigentes que no han elegido. En primer lugar a Buteflika, presidente inamovible que ha hecho cambiar la Constitución para poder aspirar a un tercer mandato y mantenerse en el poder.

“Los argelinos se levantan contra quienes han confiscado la independencia, y los ideales de la guerra de la independencia, hace cincuenta años. Quienes han acaparado las riquezas inmensas que habrían debido hacer de cada argelino un ciudadano próspero y libre”

A los generales que han sembrado la guerra y aterrorizado a la población de forma totalmente impune y que acaparan las riquezas del pueblo sacando dinero directamente de las cajas de la Sonatrach (Compañía Nacional de Hidrocarburos) y de los bienes públicos como si fueran suyos. A sus clientelas respectivas y a sus apoyos de todo tipo, islamistas o demócratas autoproclamados, senadores y diputados cuyo silencio es muy bien retribuido (el salario de un diputado en Argelia es el equivalente de 30 veces el salario mínimo, que es de 150 euros al mes).

Los que se rebelan en Argel, Tizi-Ouzou, Orán y Annaba están todos unidos para gritar su hartazgo de un sistema cerrado y sordo a sus demandas legítimas. Paro endémico, crisis de vivienda, corrupción, abuso

de autoridad, poder de compra destrozado, falta de perspectivas, carencia de derechos, la injusticia cotidiana, los bienes mal adquiridos, la iniquidad y el desdén perpetuo. Las razones para la cólera no faltan.

Un país rico, un pueblo pobre

Esta revuelta es la expresión de la dificultad para vivir de los argelinos, una “mala vida” que lleva a los más jóvenes a intentar el exilio en pateras y que son llamados los haragas (los que queman las fronteras). Los otros intentan subsistir viviendo de chapuzas: vendedores ilegales, tráfico de todo tipo hechos más difíciles por las restricciones sobre la importación impuestas por el gobierno Ouyahia en 2009 y que los jóvenes consideran como una injusticia más.

La “clase media” argelina, por su parte, ve su poder de compra hundirse con el alza del coste de la vida. Sus salarios apenas cubren los gastos obligatorios y la compra de alimentos. En cuanto a las capas más pobres, se trata claramente de la indigencia. Estos últimos días había rumores que anunciaban la subida del precio de la harina y que han contribuido a calentar los espíritus. Sin hablar de que el gobierno argelino ha suprimido la subvención a los productos alimenticios básicos: el azúcar, el aceite y la sémola se han vuelto por ello inaccesibles a los más desfavorecidos.

Es pues un grito de indignación y de aversión por esta república de las desigualdades sociales y de la pauperización creciente el que lanzan los argelinos que se apropian de la calle. ¿Al precio de su vida? El estado de excepción está en vigor desde hace ya veinte años y, en numerosas ocasiones en el pasado, el Estado argelino no ha casi dudado en disparar balas reales contra los manifestantes.

Las manifestaciones han sido muy violentas y han tomado por objetivos los símbolos habituales del Estado: tribunales, comisarías, bancos. Pero por primera vez, agencias de la Sonelgaz han sufrido ataques. No se puede dejar de ver en ello una relación con los últimos asuntos de corrupción que han manchado esta sociedad ligada a la Sonatrach, y que representa para el país una de sus principales fuentes de divisas.

El ministro de Finanzas había anunciado el 4 de enero pasado que el país tenía 155 millardos de dólares de reservas. Algo excepcional desde la independencia de Argelia. Pero si el régimen argelino se pavonea ante el mundo entero de tener esta suma inimaginable, la población no sabe ni qué color tiene. En Béjaia, en Argel o en Orán, se habla de *hogra*, la injusticia mezclada con el desprecio, que sufren los pequeños, la gente sin galones, los sin enchufes, los sin nada, por parte de un poder arrogante que deja a los jubilados escarbar en los contenedores de basura o verse obligados a sisar comida para sobrevivir.

El pan... ¡y la libertad!

Pero sería equivocado creer que los argelinos no se han levantado más que por esto. Esta revuelta se realiza también por la dignidad. La que no se puede experimentar sin ser libre. Y en primer lugar por la libertad de expresión que, si hubiera existido, habría permitido a canales democráticos y legales asumir las reivindicaciones del pueblo y le habría ahorrado pagar también el precio de la sangre.

Los argelinos se levantan contra quienes han confiscado la independencia, y los ideales de la guerra de la independencia, hace cincuenta años. Quienes han acaparado las riquezas inmensas que habrían debido hacer de cada argelino un ciudadano próspero y libre. Estos tiranos oligarcas y decrépitos que se aferran aún al poder, intrigando en los pasillos de El Mouradia y los locales de la DRS (servicios secretos todopoderosos en Argelia) para perennizar su poder y legarlo después de ellos a una dinastía de engendros o de familiares del serrallo.

A los que han vendido el país para llenar sus cuentas bancarias personales y que compran rubíes con la indulgencia de dirigentes europeos mientras sirven al pueblo su sopa ideológica adulterada y su mentirosa profesión de fe, quienes se han levantado en las plazas de Argel, de Soumam y de Orán les gritan que no es para esto para lo que cerca de un millón de argelinos dieron su vida. No para que gente que a la vez que se reclama, sin vergüenza, de los mártires de la Revolución se vista con los hábitos de los opresores de ayer, den patadas al ideal de la lucha por la independencia y arruinen sus esperanzas.

Les gritan que lucharán pues “*la independencia no ha llegado aún*”. Pero llegará con certeza mañana.

9/01/2011

Farah Bensalem es periodista.